

La crónica del recuerdo: Felipe Aliaga Mariñas

Un ícono inolvidable en el campo de la medicina dermatológica.

*Cajamarca 17 de Diciembre de 1952,
Lima 27 de Noviembre del 2016*

Por: Dra. Maritza Cortijo Rojas

Existen características innatas en el ADN de algunos seres humanos que en su acción de vida dejan huella, porque se enmarcan en el vivo retrato para ser recordados siempre. Felipe fue uno de ellos. Él exhibió cualidades y virtudes como persona, que sumaron a su desarrollo como médico dermatólogo, y como oficial de la Fuerza Aérea del Perú, Institución a la que le demostró apego y entrega, pues ésta le dio la oportunidad de poner de manifiesto todo su conocimiento, y vocación de servicio por la medicina en favor de sus congéneres, tanto en Lima como en lugares distantes de la capital, e inclusive inhóspitos como cuando le tocó, por varias veces, estar en la zona de guerra con el Ecuador y otras múltiples ocasiones en época del terrorismo.

“Camberrista”, siempre

En la recordada ciudad de Pisco, en la Base del Grupo 9, “Los camberristas”. Allí gestó, acuño, arrulló y vivió a plenitud lo entendido como “Familia FAP. Sentimientos extendidos, por cierto, a sus seres queridos. Las relaciones laborales dado su carácter fue loable y entrañable con el resto de oficiales, personal subalterno, administrativo y de la Sanidad. El Dr. Percy Bustos, un gran amigo e igual los comandos coroneles Dueñas, De Souza Peixoto, “El Mellizo”, “Tuto” del Carpio. Con deferencia se refería de Roberto Mimbela, Gonzalo Pérez Vich, “Tico” Navarro, Félix Chacón, entre otros. Igual de los capellanes. De esa estadía ha dejado muchos trofeos.

Pisco le evocaba gratos recuerdos a pesar de los horarios de trabajo, que por los vuelos, variaban –a veces- extensos y friolentos o con “Paracas” o las actividades militares de entrenamiento o el asistir a las ceremonias cívicas a las que debía vestir uniformado. En ocasiones debía marchar y se resistía, pues comentaba “yo soy médico, ustedes son de escuela, les toca”. Sin embargo tantas órdenes como fechas accedió hacerlo y le asignaron como brigadier encabezar regimiento.



Su desenvolvimiento fue destacado, no perdió el ritmo, menos el garbo sustentado en la estatura y el peso que ya se dejaba sentir un poquito. De regreso a la Base, los comentarios no se hicieron esperar, entonces la respuesta fue “yo sé marchar, porque he sido parte de la escolta de mi colegio en Cajamarca y tuve como instructor a un técnico del Ejército, quien nos hacía... En ningún momento dije que no sabía, lo que dije es que soy médico y estoy aquí para asistirlos como tal”. La chacota llegó de inmediato ma...

Los buenos tiempos llegaron a su fin en enero de 1987, empacó maletas, y con mucha tristeza y un tanto renuente se despidió del Grupo 9, de la buena gente, los pereques, la familia FAP. También del puerto de Pisco, de su hermosa Plazuela que lo albergó muchas tardes, los choritos a la chalaca, los pejerreyes, la carne de tortuga, entre otros. Igual de los restaurantes de San Andrés y de su extenso muelle donde se expendía pescado “fresquesiiiiito”.

Felipe volvió a Lima en pleno accionar de Sendero Luminoso y MRTA. A los días es enviado a Ayacucho que fue su punto de partida a los innumerables viajes a “zonas de emergencia” a los que iba como si fuesen viajes de placer, nunca se le vio refunfuñar. Después explotó la

guerra con el Ecuador a ese escenario no faltó una, por eso fue testigo de la caída de varios amigos FAP y valientes miembros del Ejército.

De todas sus idas y venidas a esos lugares como a las “Acciones cívicas” institucionales o con la Asociación Virgen de Loreto, Vida Perú o con laboratorios recogió vivencias y experiencias agradables, satisfactorias o desagradables como salvar la vida de un pelo, que lo enriquecieron, así cuando de hablar con los amigos se trataba disponía de interminable información reforzada con anécdotas que hacía agradable su compañía por el disfrute de quienes en ese momento estaban con él.

El disfrute no sólo fue en las reuniones con amigos que tanto le agradaron, también lo hubo en la mesa de operaciones de cirugía menor. Toda intervención arribó a buenos resultados como producto de su buena aptitud y propensión por la medicina. Esa tarea la desarrolló en todo ámbito que le permitió, entre ellos: Hospital Las Palmas y El Hospital Central FAP. Este último lo acogió en la mayoría de años de su carrera. Primero como médico general y luego como dermatólogo.

En el Hospital FAP se afianzó como médico

En el “Hospit FAP” se hizo más conocido aún y junto a sus colegas jefes: Valdivia, Palomino, Gamarra y, en especial, Bruno Ciriani buscó equipar la sala de cirugía dermatológica con la finalidad de ofrecer mejor servicio y posicionar la especialidad, tanto así que en la gestión del General Sánchez del Solar, Aliaga despuntó en atención a pacientes y recibió congratulaciones de este director. En el marcador de asistencia de este recinto no hubo día que no posara su dedo índice en él.

Felipe experimentó su momento feliz en el Hospital Central FAP en la gestión del General Miguel Medina, un oficial muy capaz en dirigir este nosocomio que a pesar de su complejidad alcanzó a satisfacer las necesidades en la mayoría de sus áreas, lo que llevó a los colaboradores a sentirse bien, sentimiento que lo regocijó al ver el manifiesto contento de las personas iguales a él, quienes con ahínco pusieron el hombro para ofrecer un servicio idóneo a los pacientes.

Ya de comandante le dieron la jefatura de Geriatria FAP, su carácter y el dominio de aprendizajes, también en esa especialidad como de administración de hospitales en la universidad Cayetano Heredia, salió airoso del cargo que lo dejó, por disposición ministerial que exige un geriatra en la conducción. De ahí lo designaron al Ministerio de Defensa, la empatía fue inmediata con los doctores Sergio Molina Espejo de La Marina y Ricardo Cuba Carranza del Ejército. También Giovanna Chía y Armando Sulca. Entre ellos la

amistad caló que trabajaron de manera satisfactoria.

El Dr. Aliaga fue carismático en su forma de ser o un tanto sutil, pero había acontecimientos en los que no toleraba errores de diagnóstico o procedimiento, fuesen estos de corte médico, legal o administrativo. Al personal que lo ayudaba en las tareas de redacción no le consentía fallas de sintaxis, ortográficas o de acentos. Les corregía los documentos y debían rehacer. Llevó en sí la huella de haber ocupado el primer puesto en el colegio secundario en esos temas por varios años. Lo mismo sucedía con sus alumnos de su Alma Mater como de otras particulares.

La carrera de medicina

El doctor Aliaga eligió la especialidad de Medicina desde infante la misma que reforzó quizá cuando en compañía de su inolvidable e insigne abuela escuchaba con atención las tertulias que ella sostenía con el médico del pueblo, el doctor Horna. Para él no hubo academia de preparación. Solo, en una azotea desértica, repasó una y dos veces, postuló a la Universidad Villarreal e ingresó y se matriculó, pero en paralelo abrió admisión la Universidad Nacional Mayor de San Marcos se inscribió para el examen e ingresó. Ya para empezar clases recién se hizo pública la noticia por una vecina que leyó la publicación en un diario limeño.

Ese logro lo sintió suyo, además de realizado su anhelado sueño: ser médico, ya que en casa de la abuela y tíos – todos profesores- siempre expuso su deseo de ser galeno. Migró terminada la secundaria a la capital, para quedarse, porque desde niño llegaba aquí de paseo a visitar a la prima hermana, casada con médico patólogo, y quien junto a la abuela María lo recibieron a los cuatro meses de nacido y no más se desprendió de ellas en su añorado Celendín (Cajamarca). Él nació en Bellavista-callao.

En algún momento, en el entorno familiar, le propusieron en salvilla ingresar a las escuelas de oficiales de la Policía de Investigaciones del Perú y a la Fuerza Aérea del Perú. Los requisitos los cumplía con soltura, pero la Medicina fue su objetivo de la que quizá hubiera lucrado, pero decía “soy médico y no abogado para esquilmar a la gente” cuando en el hogar la situación económica era lánguida, sobre todo después de llegar de Pisco a Lima con tres hijos, sin ahorros ni casa donde vivir, pues Alan García cogoteo a los militares y a los peruanos.

Su familia

“El gordo, Cheli, Felipito, Muñeco” quiso sin fronteras a su abuela María, al tío Servio y Fausta. Ellos fueron su papá y mamás. Sólo sobrevive la última, quien radica en Israel. Sus hermanos fueron sus queridos primos Elita, Luís y Ciguliano, juntos crecieron en una casa amplia, disciplina,

estudio, mucho cariño y amor. Los cuatro a pesar de las vicisitudes que les tocó, siempre unidos han recordado una niñez feliz. Ahora el número bajó a tres. Ellos se han visto envueltos y sumidos en la tristeza como también sus hijos: Adriana, Arnaldo y Alonso, igual Jorge, su amigo quien lo acompañó día a día desde que se declaró su enfermedad, ante la partida inusitada de la personita que los apoyó, agasajó e hizo reír con sus anécdotas y el buen gusto por la comida. ¡Felipe...! Fue una persona sinigual.

A sus amigos

De Felipe hay mucho más que decir para escribir, pero por hoy sirvan estas páginas para agradecer la oportunidad de exponer un poco de quién fue él. También para hacerles llegar a todos los médicos dermatólogos o no, amigos o conocidos un agradecimiento y abrazo especial. Reciban sus bendiciones desde ese espacio llamado cielo junto al Dios Padre donde se encuentra, que todos creemos existe y al que buscamos llegar para vivir eternamente.